



La rosa y la nube

Éste era un lugar inclemente que casi parecía un desierto. Pocas plantas crecían en el terreno estéril y pedregoso. Esas escasas plantas eran duras y resistentes; podían aguantar admirablemente las inclemencias de un clima que de día las calcinaba con un calor ardiente y por la noche les enfriaba las raíces con un frío gélido.

En el cielo azul y despejado brillaba casi constantemente un sol abrasador. Arrojaba sus rayos dorados como fuego en el desierto. Nada ni nadie le hacía la competencia. Muy pocas veces pasaba por allí alguna nube que pudiera opacar la fuerza del astro rey.

Un día ocurrió algo casi milagroso. En este desierto surgió un rosal, casi por arte de magia. El rosal amaba la vida y quería expresar este amor dando rosas que pusieran un poco de belleza en el árido paisaje del desierto pedregoso. Arrancó humedad de las noches frías y se fortaleció y creció vigoroso. Con gran amor produjo un botón de rosa. Aún con más amor este único botón consiguió abrirse.

Surgió una rosa blanca como la nieve, con pétalos tan suaves que parecían de terciopelo. Su fragancia atrajo a los habitantes del desierto que se maravillaron ante la rara belleza de esta flor.

Durante varias horas, aquéllas entre el amanecer y el mediodía, la rosa se irguió erecta y bella. Luego empezó a debilitarse. Necesitaba agua.

Por el cielo azul límpido pasó una nube. Era una nubecita caprichosa que había sido arrojada allí por una ráfaga de viento y ahora se paseaba por el cielo muy orgullosamente porque era la única nube que había conseguido invadir ese reino. Estaba cargada de agua fresca y deliciosa. La rosa la vio; y sintió que la nubecita podía salvarla y por eso le habló:

--Nubecita, nubecita. Échame unas gotitas de tu agua deliciosa.

--¿A mí me hablas?

--Sí, a ti, nubecita. Por favor, sálvame.

--¿Salvarte? ¿Cómo y por qué?

--Por amor a la vida, dame unas gotas de tu agüita y podré vivir y alegrar este desierto.

--¡Qué pretenciosa eres! ¿Por qué habría yo de darte lo que es mío?

--Porque es una acción noble ayudar al que lo necesita.

--Yo a ti no te conozco y no veo razón para salvarte. Adiós, y déjate de mendigar.

Con aire muy ofendido la nubecita se marchó, flotando majestuosamente. Iba indiferente al principio, sin sentir ningún remordimiento por sus palabras altaneras. Sin embargo, poco a poco empezó a oír una vocecita que le decía insistentemente:

--Nubecilla egoísta. ¿Por qué no quisiste ayudar a esa rosa? ¿Qué te costaba darle unas pocas gotas? Tú tienes tantas que ni sabes que hacer con ellas. Esa pobre rosa se está muriendo de sed y si tú le dieras agua ella podría vivir por lo menos un par de días más y alegrar ese lugar tan feo. ¡Qué mala eres, nubecilla! ¿Cómo vas a decirle a tu madre, la Reina de las Lluvias, que no quisiste dar unas gotas a una pobre rosa?

Así le habló esa voccecita. La nubecita la escuchó indiferente por una hora; a la segunda empezó a molestarla mucho; y al cabo de la tercera le remordieron tanto sus palabras que decidió regresar al desierto. Trató de ir de prisa, porque ya eran las tres de la tarde y con mucho apuro consiguió llegar al desierto a eso de las cinco. Llena de orgullosa alegría habló al rosal:

--¡Oye tú, rosa, despierta, despierta, y alégrate, mira lo que te traigo!

Y así diciendo le echó una buena cantidad de gotas que cayeron sobre el rosal.

--Oye tú, malagradecida rosa. Mira, he vuelto, te estoy dando agua y tú no me dices nada. Di por lo menos gracias.

Le respondió sólo el silencio. Miró atentamente hacia abajo. La infeliz rosa había muerto.

Esa noche pasó por allí un ángel muy blanco. Tomó la flor, que yació mustia en sus manos. Se dio cuenta del sufrimiento de la rosa y de sus hermosos ojos salieron lágrimas que la rociaron. Milagrosamente, la rosa volvió a la vida. El ángel la llevó hasta la cabecera de un niño generoso.

Cuando el niño despertó y vio la rosa se llenó de alegría. La tomó en sus manos, y pudo adivinar su historia porque este niño tenía el alma pura de un poeta. Tomó pluma y papel y escribió un poema que entregó a su mejor amigo junto con la flor. La poesía decía:

*Cultivo una rosa blanca
en junio como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca
y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo
cardo ni ortiga cultivo
Cultivo una rosa blanca.*

Este niño inocente se llamaba José Martí y nació en Cuba. Luchó por la independencia cubana en el siglo XIX. Hoy en día es considerado padre de su patria y uno de sus más grandes poetas. Y este poemita es uno de los primeros que los niños aprenden en América Latina.

De «Cuentos favoritos», Maricarmen Ohara, Ph.D.